

Ratio Formationis

OFMCap

Capítulo I

- Guía de Lectura -

1. Sentido del capítulo

La *Ratio Formationis* tiene como finalidad fortalecer, a lo largo de todo el proceso formativo, nuestra única identidad carismática, es decir, los valores compartidos por todos, que a su vez deben encarnarse, con fidelidad creativa, en los distintos contextos culturales.

El texto de la *Ratio* estará dividido en tres capítulos: el primero presenta la figura de San Francisco, el segundo las cinco dimensiones constitutivas de toda *Ratio Formationis* desde el punto de vista eclesial, y el tercero las distintas etapas que configuran el proceso formativo.

El primer capítulo tiene como objetivo específico fundamentar o, lo que es lo mismo, dotar de color carismático al conjunto de las cinco dimensiones que, a su vez, estarán presentes en todas y cada una de las etapas de la formación.

2. Estilo, estructura y metodología

Redactar un texto que entrelaza la historia de Francisco con la nuestra, teniendo como trasfondo la vida de Jesús, y que pretende iluminar el presente y el futuro de nuestra formación, no es tarea fácil.

Hemos evitado usar esquemas hagiográficos estándar, prefiriendo un acercamiento narrativo, circular y en proceso que, desde la dinámica de la *interrelación*, pone de manifiesto los aportes de la persona de San Francisco a la cultura actual.

El *silencio*, el *encuentro*, el *deseo* y el *cántico* son los cuatro ejes que articulan, a través de un texto narrativamente sobrio y suficientemente denso, los núcleos fundamentales de nuestra espiritualidad franciscana, en vistas a dar fuerza carismática a todo el texto de la RF.

3. Qué no pretendemos

El presente texto no tiene como finalidad narrar la vida de san Francisco con todo detalle y con la pretensión de convertirse en un relato completo. Su vida, como la de cualquier otro ser humano, es misterio inagotable y fuente de numerosas interpretaciones, la mayoría de ellas válidas y complementarias.

No es un texto cerrado y definitivo. Queremos que sea un texto colectivo, fruto de las sugerencias e intuiciones de todos los hermanos. La redacción final, como la del

resto de la *RF*, solo se concluirá en el próximo Capítulo General del año 2018; hasta entonces, el texto estará siempre abierto.

Tampoco es un texto pensado por y para un grupo determinado de hermanos; los destinatarios somos todos. Entre nosotros hay distintas sensibilidades y eso nos hace conscientes de la imposibilidad de presentar un relato que satisfaga a todos. Nuestro deseo es que san Francisco nos estimule a seguir reflexionando y contrastando la propia existencia y la vida de nuestra fraternidad.

4. Claves de lectura para entenderlo

Antropológica: *La forma de vida del Santo Evangelio* ilumina nuestras búsquedas de sentido y nos hace libres y responsables en la tarea irrenunciable de construir con autenticidad el propio camino personal.

Cristológica: Jesús de Nazaret es el telón de fondo desde el que se interpreta tanto la vida de Francisco como la nuestra. Aunque tratamos de contar la vida de San Francisco, el protagonista principal es Jesús. Desde su *seguimiento* construimos nuestra *identidad*.

Franciscana: Durante décadas sólo era posible acercarnos al santo Francisco sin tener en cuenta los ricos matices del proceso humano-espiritual de su conversión. En sintonía con los esfuerzos de la investigación actual, sin olvidar a *San Francisco*, queremos privilegiar el encuentro con el *hermano Francisco*.

Capuchina: Existe también un San Francisco interpretado desde la hermenéutica de la reforma capuchina. Nuestros primeros hermanos se propusieron volver a las experiencias más íntimas y evangélicas vividas por Francisco, y convirtieron el Testamento -el texto que mejor conserva su memoria afectiva- en su punto de referencia; por eso, desde los inicios, fueron conocidos como los *hermanos del Testamento*. También para el presente texto es referencia fundamental.

Vivir según la forma del Santo Evangelio

1. Vivir es el único modo de aprender a vivir. Las experiencias y encuentros van configurando de forma dinámica nuestra propia identidad. Construirse a uno mismo es un reto apasionante no exento de dificultades. **Tenemos un modelo, Jesús, quien recorriendo los caminos de nuestra humanidad descubrió su propia divinidad:** el Hijo, haciéndose nuestro hermano, revela nuestra meta última y definitiva: ser hermanos, para llegar a ser también hijos de Dios (**la filiación hay que colocarla antes de la experiencia de la fraternidad**). La fraternidad es el camino. Francisco queda fascinado de la humanidad y humildad del Dios Altísimo que en Jesús se hace pobre y crucificado. Por eso hace del Evangelio nuestra *forma de vida*: ser hermanos para ser más humanos y, como Jesús, narrarlo desde la autenticidad de nuestra vida vivida en fraternidad.

EL SILENCIO

Oh alto y glorioso Dios ilumina las tinieblas de mi corazón, dame fe recta, esperanza cierta y caridad perfecta, sentido y conocimiento Señor, para cumplir tu santo y veraz mandamiento.

2. Bienaventurados los que escuchan el silencio: sus ojos se llenan de luz y sus pasos se encaminan a lo profundo del corazón. Quien se deja tocar por el silencio se relaciona más hondamente con el mundo, se abre a la paz y vive de una forma más auténtica.

En el silencio se intuye la presencia del Misterio y se aprende que, para dejarse encontrar por él, es preciso buscarse a uno mismo, cuidando el espacio interior, que traspasa los límites de lo superficial y permite una relación fecunda con los otros: en ellos descubrimos también quiénes somos. El silencio es fuente de deseo, diálogo, belleza y, cuando se hace contemplación, es ocasión para acoger el susurro de la voz de Dios.

I. El sentido

3. Dios, amando, crea al ser humano y le invita a vivir, le regala la libertad, otorgándole de este modo la capacidad de construirse a sí mismo. Esta lógica de la creación nos enseña que vivir consiste en asumir la responsabilidad del camino, en dar forma a la propia existencia, tratando de descubrir nuestra vocación: aquello que el mundo está esperando de nosotros, el regalo que el Creador nos da. La vida es don y exigencia.
4. El centro del Evangelio es la forma de vida de Jesús, quien eligió no agotar la propia existencia en beneficio propio, sino viviendo para los demás. En él descubrimos que la vida consiste en el arte del encuentro. Jesús, abriéndose a Dios y haciendo de sí

mismo una puerta abierta al encuentro con los otros, nos enseña cuál es la paradoja del cristiano: poseer la vida consiste en entregarla.

5. ¿A quién no le gustaría ser un gran caballero? En su juventud, Francisco no sueña con otra cosa: ser el más grande, el más poderoso, el más admirado. Parece estar en posesión de todas las respuestas, hasta que un día se enfrenta a la guerra y experimenta el sufrimiento y la sombra de la muerte. Los sueños se convierten en pesadillas. Cae prisionero en la batalla de Collestrada y, en la cárcel de Perusa, descubre que el mundo no es como él piensa, que existen muchas cosas escondidas tras la superficie de la vida, también de su propio corazón. A la experiencia de la cárcel, sigue la enfermedad, la crisis y la pérdida de sentido: ante su vista sólo aparecen conflictos y enemigos, fragmentos de un mundo roto. Se siente perdido.
6. Cuando las cosas pierden sentido la vida se llena de miedos, que se adueñan de nosotros y nos impiden saber quiénes somos. Entonces, surgen sentimientos que no conocíamos y que nublan nuestro camino: el ansia de poder, el afán por competir, la tentación de la exclusión. La falta de sentido se convierte en soledad y la soledad, convertida en egoísmo, nos impide ver quién somos. Sin embargo, en el fondo del corazón humano late siempre el deseo de Dios. Hay que ponerse en movimiento y no dejar de buscar.

I. II. La búsqueda

7. El hombre descubre quién es cuando se lanza a caminar. La itinerancia (el movimiento por fuera y por dentro, el contacto con otras personas, otras culturas y otras ideas) pertenece a lo más hondo de la condición humana. Es esta actitud la que nos mantiene alertas frente al conformismo y el acomodamiento de los que Dios, seduciéndonos con el regalo de una vida siempre nueva y abierta, nos protege.
8. Seguir a Jesús significa vivir como Él vivió: anunciando, siempre en camino, el Reino de Dios. El modelo de vida itinerante nos centra en lo fundamental. Nuestra tradición franciscana nos invita al seguimiento de Cristo pobre y desnudo, descubriendo que su pobreza libera de lo superfluo y su desnudez nos introduce en el misterio de la verdad.
9. La vida de Francisco se llena de preguntas: ¿por qué los hombres se matan unos a otros? ¿por qué la pobreza y la exclusión? ¿por qué el sufrimiento? Camino de Puglia, en un segundo intento de convertirse en caballero, un sueño le despierta: *¿a quién quieres servir: al siervo o al Señor?* Francisco comprende que quien huye de sí mismo nunca se encuentra. Tiene que abandonar su armadura, bajarse de su caballo y de su orgullo, pasar por cobarde y fracasado, y volver a empezar. Desentrañar el sentido de aquel sueño en Spoleto le llevará toda la vida.
10. Vivir es intentarlo siempre de nuevo. El horizonte permanece abierto para recordarnos que el sentido de la vida se construye paso a paso, que el camino está lleno de las huellas que desvelan una parte del misterio. Nos toca buscar con pasión y caminar con confianza.

I.III. El misterio

11. El misterio es la parte no agotada de la realidad. Detrás de lo que se ve hay mucho más. No todo lo que existe se puede contar con los dedos de la mano, ni toda la verdad puede ser encerrada en un libro. El hombre ha fracasado en el intento de reducir la existencia a las fuerzas de la propia razón. De igual modo, la fe no está exenta del peligro de construir imágenes idolátricas de un dios a la medida de nuestras necesidades.
12. Para no caer en esta tentación es necesario confrontar nuestra experiencia con la experiencia que Jesús tuvo de Dios. Es lo que encontramos en el Evangelio: los encuentros, las palabras y el silencio a través de los cuales Jesús se adentra en el Misterio de Dios. En Él descubre un amor incondicional y gratuito, siempre abierto.
13. No sin dolor, Francisco tiene que abandonar sus imágenes de Dios. Atrás queda el dios que arma caballeros a los fuertes, el que justifica el poder de unos pocos, el que aniquila al que piensa distinto, el que alimenta el odio frente al enemigo. Es entonces cuando experimenta la oscuridad de la noche, la soledad y la ausencia de Dios. En el silencio y a través de las criaturas, Francisco comienza a intuir la presencia del Creador.

I. IV. La belleza

14. El ser humano muestra una atracción natural por todo lo hermoso, porque el encuentro con la belleza ayuda a superar la experiencia de la fragmentación. La belleza del mundo nos abre a una relación de interdependencia que nos hace a todos necesarios y hermanos. No se trata, por eso, de algo superficial: el contacto con la verdadera belleza nos permite conocer quiénes somos y qué hacemos en la vida.
15. Si miramos bien, vemos cómo el Evangelio también nos habla de la relación de Jesús con las criaturas: en ellas, encuentra un lugar para contemplar a Dios. **El descubrimiento que Jesús hace de la belleza del mundo --la armonía de los seres, su dependencia absoluta de Dios-- le ayuda a construir un modo fraterno de estar junto a todo lo que existe.** (jesus es la bllenza, atento al rumor new age) La forma de vida de Jesús es la belleza más plena: su autenticidad, su libertad interior, sus manos siempre abiertas, sus ojos llenos de misericordia y de ternura. La suya es la vida más hermosa. ¿A quién no le gustaría ser como Jesús?
16. Francisco, lector del Evangelio, es también lector de la Creación. En las páginas del libro de la Vida, lee el deseo que Dios tiene de entrar en relación con todas las criaturas. En cada una de ellas descubre los diversos modos en los que Dios se hace presente y, junto a ellas, se convierte en testigo fascinado del Dios Creador, a quien se dirige diciendo: *Tú eres belleza.*

EL ENCUENTRO

Que nadie se aparte de ti, sin haber visto antes tus ojos llenos de misericordia

17. Ningún hombre es una isla. Dios nos ha creado únicos e irrepetibles, pero no autosuficientes. El individualismo (la tentación de reducir la realidad a la propia realidad personal) destruye la capacidad relacional y, convirtiendo al otro en objeto de autoafirmación y dominio, impide la verdadera realización de la persona. La interdependencia exige reconocer la diversidad del otro y acogerla como don y riqueza. Sin relaciones libres y abiertas la vida carece de sentido, puesto que es en el descubrimiento de la alteridad donde se construye la propia identidad.

Los encuentros son las experiencias más importantes de la vida de Francisco. Nada acontece por casualidad, sino que todo sucede en tiempos y lugares concretos: Francisco, cuando está buscando su camino, es conducido a las periferias de Asís. Fuera de los muros de la ciudad, en la pequeña ermita de San Damián, puede escuchar mejor la Palabra y, desde ella, encontrarse con los leprosos y seguir al Cristo pobre y desnudo.

II. I. La Palabra

18. En el Evangelio, Francisco encuentra su manera de vivir. No inventa nada sino que descubre que se trata de vivir como vivió Jesús: *El mismo Altísimo me reveló que debía vivir según la forma del Santo Evangelio* (Test. 14). Jesús, como predicador itinerante, anuncia la buena noticia del Reino: el amor gratuito de Dios que no excluye a nadie. Precisamente, el Evangelio —el libro que narra los encuentros de Jesús, la mayor parte con pobres, enfermos y excluidos— nos propone, como centro de la vida, la capacidad del encuentro. Las Bienaventuranzas (Mt 5, 3-2) y la invitación a la misericordia (Mt 25, 31-46) resumen bien en qué consiste el encuentro con el mundo al que Jesús nos llama.

19. A Francisco le basta el Evangelio, vive *en y de* las Escrituras y *habita en ellas como en su casa* (2Cel. 104): este es el marco vital de referencia y de discernimiento de los que seguimos a Jesús. Él se hace presente en medio de nosotros cada vez que hacemos memoria de su Palabra, cuando, desde sus palabras, tratamos de iluminar nuestra vida. El mismo Francisco, enamorado de las palabras de Jesús, alerta a sus hermanos contra la tentación de revestir la palabra desnuda y sencilla del Maestro, y nos invita a vivir evangélicamente y sin glosas.

20. En Francisco no vemos a un *oyente sordo del Evangelio*, sino a un hombre que trata de hacer vida cuanto oye (1Cel. 22). De él aprendemos que la Palabra de Dios sólo se entiende en su profundidad cuando se pone en práctica, que vivir en torno a ella genera un estilo nuevo de relación: la fraternidad. Vivir como hermanos es el espejo de los valores del Reino, su anuncio más hermoso, la forma más auténtica de compartir el deseo de Dios. La acogida fraterna de la diversidad constituye el modo más creíble de contemplar y narrar la historia de nuestro Dios, que se hace menor y hermano en el misterio de la encarnación del Hijo.

II. II. El leproso

21. Atreverse a poner el propio corazón en la miseria humana del otro: esta es la dinámica de la misericordia. Algunas heridas de la guerra marcan la memoria

afectiva de Francisco hasta el final. La mirada suave de la misericordia de Dios le ayuda a conocer, acoger e integrar las propias cicatrices y sombras. Sólo quien ha experimentado la misericordia, puede practicarla. Se trata de algo que cambia por completo nuestros modos de relación: del juicio y la acusación que generan culpabilidad, somos conducidos hacia la empatía y la comprensión que invitan a la responsabilidad. Compartir vida con los leprosos es una auténtica escuela para Francisco. A partir de este momento, gratuidad y misericordia serán los fundamentos del nuevo proyecto de vida evangélica inspirado por el mismo Dios.

22. *Me parecía extremadamente amargo ver a los leprosos. Y el Señor mismo me condujo entre ellos, y practiqué la misericordia con ellos. Y al apartarme de los mismos, aquello que me parecía amargo, se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo.* (Test. 2-3). Durante mucho tiempo, Francisco se siente inseguro frente a los leprosos y se protege: levanta muros, pone distancia de por medio, se esconde. No se trata de un miedo al contagio físico, es algo más profundo, es temor de correr la misma suerte que el leproso: no ser aceptado, ser excluido, no tener ningún derecho, no ser conocido ni amado por nadie. Ser invisible: no ser nada ni nadie, no pertenecer a ninguno.
23. Francisco besa al leproso. Aunque besar significa, más bien, dejarse besar. No se trata de un acto de pura voluntad para superar la repugnancia. Su beso es expresión de una experiencia afectiva sincera, que acaba expulsando los miedos y cambia el propio universo afectivo. Todo comienza a tener otro sentido: lo amargo se hace dulce, se produce el paso de la necesidad de ser reconocido por los otros a tener un buen conocimiento de uno mismo. Gracias a los leprosos, Francisco comienza a conocerse y experimenta el sentido de la gratuidad. Besar el Evangelio o besar al leproso es lo mismo, escuchar las palabras de Jesús y escuchar el grito de la carne de los que sufren es lo mismo: el que habla y el que besa es siempre Jesús.
24. En medio de los leprosos, lejos de toda falsa seguridad, surge la verdadera seguridad interior. Es la paradoja evangélica: cuanto menos poder, más libertad. Allí donde no hay nada que perder, de la mano de la gratuidad, nace la verdadera seguridad. Francisco aprende aquí otra lección decisiva que marcará su existencia y la de los hermanos: la incompatibilidad entre fraternidad y poder. Quien quiere ser hermano menor debe renunciar a todo tipo de dominio.

II. III. El Hijo, pobre y desnudo se ha hecho nuestro hermano

25. Jesús, desnudo y crucificado, vive en la ermita semiderruida de San Damián, en medio de los leprosos, y despierta en quien lo contempla cercanía y solidaridad. No es el juez que juzga y condena, sino el hermano que comparte nuestras dificultades. *Nace pobre, vive más pobre y muere pobrísimo y desnudo sobre la cruz.* No se reserva su condición de Hijo para sí mismo, al contrario, se hace nuestro hermano, mostrándonos que la fraternidad es el mejor camino para descubrir a Dios.
26. Francisco quiere seguir más de cerca a Jesús, recorriendo, paso a paso, desde Greccio (experiencia de Belén) hasta La Verna (experiencia del Calvario) todas las etapas de su vida. El seguimiento del Maestro ocupa siempre el centro: *¡Qué*

intimidades las suyas con Jesús! Jesús en el corazón, Jesús en los labios, Jesús en los oídos, Jesús en los ojos, Jesús en las manos, Jesús presente siempre en todos sus miembros! (1Cel. 115).

27. Es el amor, y no el pecado, el centro del misterio de la encarnación. El Altísimo y Omnipotente se nos presenta misteriosamente como Bajísimo y despojado de todo poder. Dios es donación total, entrega absoluta. No se reserva nada para sí mismo. La cruz, *Árbol de la Vida*, nos recuerda el compromiso de Jesús con la justicia y con los excluidos: de tal manera se identifica con ellos que acaba como ellos: colgado de un madero, como un maldito fuera de la ciudad. Su vida y su muerte dejan claro que Dios no forma parte de un sistema que excluye. Es lo que nos enseña la Resurrección: la palabra definitiva de amor que Dios pronuncia sobre la vida de Jesús. Así lo entiende Francisco.

II. IV. Los pájaros y las flores

28. El gran obstáculo para el seguimiento de Jesús es el miedo, que consiste en traer hasta el presente algo malo que pensamos que nos puede suceder en el futuro, quedando de este modo impedidos para caminar. Lo contrario del miedo es la confianza: la afirmación serena y alegre del presente que nos encamina hacia lo que tenga que venir. *Mirad las aves que vuelan en el cielo (Mt 6,26) ... Mirad cómo crecen los lirios del campo (Mt 6,28)*. Pájaros (símbolo de la libertad) y flores (imagen de la providencia) son propuestos por Jesús como modelos del discípulo confiado, aquel que se siente sostenido por la bondad de Dios y trata de vivir la profundidad de cada instante.

29. En Francisco se nos revela una nueva manera de ser santo. Se enamora de las flores, conversa con los pájaros y mantiene encuentros cercanos con las criaturas; se siente, en medio de ellas, uno más. Frente a las piedras de los espacios cerrados, él prefiere el claustro del mundo, lleno del color de las flores, que testimonian la belleza del Creador, y de la música de los pájaros, que cantan la gloria de Dios. Cansado de los discursos vacíos de experiencia, Francisco aprende de los lirios y de las aves un nuevo modo de hablar, una palabra libre y gratuita, confiada y capaz de invitar a la confianza absoluta en el Señor.

EL DESEO

Ninguna otra cosa deseemos, ninguna otra queramos, ninguna otra nos plazca y deleite, sino nuestro Creador (RnB, 23)

30. La búsqueda del sentido despierta el mundo del deseo. Se trata de una llave que pone en movimiento todo nuestro ser, lanzándonos al encuentro con la realidad. El deseo se reviste siempre de experiencias concretas, nos mantiene atentos a la fuerza de la vida, nos conecta con Jesús, impulsándonos a compartir sus sentimientos, a ser como él. Francisco, *varón de deseos*, permite que Dios transforme su deseo de ser caballero en un deseo todavía más alto: ser como Jesús.

III.I. La mirada

31. *Me parecía extremadamente amargo ver leprosos* (Test.1). Apartar la mirada y permanecer ciegos es siempre una tentación, ¿Quién puede romper la tendencia que tenemos a mirarnos sólo a nosotros mismos? La conversión consiste precisamente en cambiar nuestro modo de mirar, pasando de la indiferencia a la compasión, permitiendo que aquello que vemos nos afecte y nos transforme.
32. Para Dios no hay nadie invisible: *mira* a los pobres y *escucha* su lamento, los convierte en las pupilas de sus ojos. Dios nos contempla a través de ellos. Son las paradojas del Evangelio: somos vistos por aquellos a quienes no queremos ver. Sólo cuando Francisco se deja mirar por los ojos del Dios de los leprosos es capaz de abrir sus propios ojos y aprender a mirar.
33. El Cristo de San Damián, en cuyos ojos abiertos Francisco detiene su mirada, se convierte en el espejo en el que Clara nos invita a mirar. En sus ojos, los nuestros se llenan de misericordia. En la forma de mirar de Jesús pasamos del silencio a la escucha, de la soledad a la solidaridad, de la contemplación a la compasión. Así se inicia el proceso de transformación de nuestros deseos: se empieza por mirar las cosas como Jesús y se acaba viéndolas como él. Más aún: acabas siendo otro Jesús. Y aún más: tú mismo te conviertes en otro espejo y quien te ve a ti ve a Jesús.
34. La contemplación invita al seguimiento y el seguimiento a la contemplación. Ambas realidades sostienen el sentido de nuestra vida de hermanos. Juntos, desde el espacio de la fraternidad, prolongamos de manera profética la mirada de Dios sobre el mundo, denunciado lo injusto y convirtiéndonos en testigos de la esperanza y de la alegría del Evangelio.

III. II. La fraternidad

35. *El Señor me dio hermanos* (Test. 14). A Francisco le fue revelado que para poder vivir como Jesús son imprescindibles los hermanos. Dios nos ha creado diversos e irrepetibles, únicos. La fraternidad no niega la individualidad, al contrario, la protege del individualismo; no destruye al individuo, sino que lo enriquece, regalándole un espacio más amplio. Nuestra identidad de hermanos se construye solamente desde la relación.
36. El proyecto de Clara y Francisco consiste en seguir a Jesús como hermanos y hermanas, a través de estilos diferentes y complementarios. Mientras que Francisco recupera el modelo de itinerancia y predicación de los primeros discípulos, Clara se centra en la escucha y el servicio a Jesús, al estilo de Marta y María en la casa de Betania.
37. Nuestra identidad carismática se expresa en el modo de vivir las relaciones. La pobreza nos centra en lo fundamental, evitando que las cosas materiales se conviertan en obstáculos entre nosotros: *Y aquellos que venían a tomar esta vida, daban a los pobres todo lo que podían tener, y no queríamos tener más* (Test. 16-17). Todos los hermanos son iguales: corresponde a todos trabajar con las propias manos, la predicación no es exclusiva de los clérigos, el lugar de origen no cuenta.

La fraternidad garantiza la libertad y propicia la gratuidad en las relaciones interpersonales, que exige, de modo incondicional a todos los hermanos, la renuncia a cualquier tipo de poder. Para Francisco, sin libertad, sin creatividad y sin responsabilidad no existen verdaderas relaciones fraternas: *Cualquiera que sea el modo que mejor te parezca de agradar al Señor Dios y seguir sus huellas y pobreza, hazlo con la bendición del Señor Dios y con mi obediencia* (CatL).

38. Las dificultades experimentadas por Francisco en las relaciones fraternas hacen creíbles las palabras que dirige a un hermano que le pidió ayuda: los problemas fraternos no se resuelven huyendo a un eremitorio. No querer que los otros sean mejores cristianos exige renunciar a que el otro responda a mis expectativas, a que se comporte como yo lo haría en su lugar. Sólo así se abren espacios de gratuidad que nos libran del ansia de dominio. El secreto para vivir a la altura de estas exigencias está en la contemplación, espacio irrenunciable en el que nuestros ojos se cargan de misericordia: *Que no haya hermano en el mundo que haya pecado todo cuanto haya podido pecar, que, después que haya visto tus ojos, – no se aleje jamás de ti - sin tu misericordia* (CatM).

III. III. La Iglesia

39. *Y el Señor me dio una tal fe en las Iglesias* (Test. 4). La fidelidad creativa y la pertenencia marginal del proyecto franciscano dan un nuevo aire evangélico a la Iglesia. Santa María de los Ángeles, la Porciúncula, cuna de nuestra Orden, está rodeada de profundas connotaciones afectivas: aquí nacen los hermanos menores y las hermanas pobres; aquí la fraternidad se reúne en torno a *María, hecha Iglesia* (SalVM.1). Este espacio de encuentro y de descanso, memoria de los orígenes es, según Celano, el lugar más amado por Francisco. La Porciúncula recuerda siempre lo pequeño y esencial, es el modelo de la eclesiología franciscana y el sacramento de una iglesia de hermanos que anuncian el Evangelio viviendo en fraternidad.
40. *Nada veo corporalmente en este siglo del mismo Altísimo Hijo de Dios, sino su santísimo cuerpo y su santísima sangre* (Test. 10). La Iglesia, cuerpo místico de Cristo, nace de la Eucaristía. Es el símbolo que resume toda la vida y el mensaje de Jesús: la entrega y donación gratuitas. El lavatorio de los pies, el gesto fundacional de la Iglesia, evidencia su sentido y su vocación más profunda: el servicio como modo específico de estar en el mundo. Se trata de una auténtica experiencia de amor y justicia, donde ver y tocar el cuerpo de Jesús nos ayuda a verle y tocarle en el cuerpo de los pobres y, de este modo, desenmascarar toda falsedad espiritual. La Eucaristía es para nosotros *fuerza de la vida eclesial, raíz, fundamento y corazón de nuestra vida fraterna*. (Const. 48).
41. El sentido de la Iglesia no es anunciarse a sí misma, sino ser anuncio de Jesús. La dimensión misionera está en el corazón de nuestro proyecto: ser capuchino es estar dispuesto a ir allá donde ninguno quiere ir. Siempre al estilo de Francisco, que se puso en camino para encontrar al sultán Malik Al-Kamil y construir la paz a través del diálogo y el respeto. De él aprendemos que el Evangelio no se impone, se propone, y toma como punto de partida el reconocimiento de la verdad que habita

en el otro. El testimonio de nuestra vida fraterna es sin duda el modo más creíble de anunciarlo: *Cuando van por el mundo, no litiguen ni contiendan con palabras, ni juzguen a los otros; sino sean apacibles, pacíficos y moderados, mansos y humildes, hablando a todos honestamente, como conviene* (RB, 3).

III. IV. El mundo

42. Dios ha puesto el mundo en nuestras manos: fuera de él, no hay salvación. Nuestras estructuras socioeconómicas y culturales están en proceso de transformación. Existen retos ineludibles: acabar con las escandalosas desigualdades que excluyen a gran parte de la humanidad, conseguir un desarrollo sostenible que respete el medio ambiente, encontrar caminos de diálogo entre las distintas religiones, para que Dios no sea el pretexto de ninguna guerra, construir una sociedad en la que la interculturalidad sea nuestra mayor riqueza. Todo depende de nosotros.
43. Los desajustes y las heridas del mundo sólo podemos curarlos por medio del amor, favoreciendo una cultura del encuentro, que rompa la lógica de la posesión y el dominio y nos forme en la lógica de la gratuidad. Se trata de pasar del *derecho a ser* al *don de ser*, superando así la fragmentación amigo/enemigo, incompatible con la espiritualidad franciscana, que reconoce en el otro a un hermano, nunca una amenaza.
44. Nuestra manera de comprender la pobreza hunde sus raíces en la experiencia de la gratuidad y de la interdependencia, que propicia, de modo natural, una cultura de la solidaridad que ayuda a recuperar el sentido comunitario de la existencia. Los nuevos tiempos nos exigen abandonar la cultura del consumo y diseñar nuevos estilos de vida sostenibles, conscientes de la fragilidad del medio ambiente y de la vida de los pobres. Todavía es posible un mundo sin muros, sin guerras, sin pobreza. Las estructuras deben favorecer el encuentro con las personas, y no han de ahogar nunca nuestra creatividad carismática: lo que somos, y no lo que tenemos, es el mejor tesoro que podemos ofrecer.

EL CÁNTICO

Loado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor, y soportan enfermedad y tribulación (CC)

45. Bienaventurada la luz de la luna y del sol. El *Cántico de las Criaturas* es la música de fondo que acompaña a Francisco durante toda su vida. Brota luminoso al final de sus días, en la noche más oscura. El poema es expresión simbólica de su profunda experiencia con el sufrimiento físico y espiritual. A través de un lenguaje sagrado, Francisco se expresa a sí mismo, al tiempo que hace de sus palabras una expresión de la armonía del mundo. Todo canta el poder, la belleza y la bondad de Dios, el mundo se muestra bello en su simplicidad, las criaturas existen de manera gratuita, ajenas al deseo de poseer. Reconciliación del hombre consigo mismo, con los otros, con el universo y con Dios: esto es el Cántico, una celebración alegre de la vida, del perdón y de la paz.

IV. I. La ceguera

46. Francisco nunca ve cumplido el sueño de paz de su viaje a Damietta. Las cruzadas siempre acaban mal. A este sentimiento de fracaso, se suma una enfermedad en los ojos que acaba por dejarlo completamente ciego: conjuntivitis tracomatosa, un dolor insufrible que oprime el nervio óptico y hace insoportable la presencia de la luz. A este sufrimiento se añade uno todavía mayor: el aumento del número de hermanos convencidos de que el Evangelio no es suficiente para vivir. Quieren normas prácticas que orienten con mayor precisión la vida, piden regulaciones y glosas con las que cubrir la desnudez del Evangelio. Francisco, ciego por fuera y lleno de sombras por dentro, se encuentra sometido a una fuerte tensión: entre las exigencias de muchos hermanos y la defensa de su intuición original.
47. La desesperanza y las dudas pesan en el corazón de Francisco. Quiere ver y no puede. No se siente con la fuerza y la claridad necesarias para guiar a los hermanos. Renunciando a su papel de guía espiritual, finalmente huye. Lejos de los hermanos, se refugia en un eremitorio. De nuevo, como años atrás, la ceguera existencial lo inunda todo, las sombras crecen y lo más triste sucede: la dulzura de vivir en fraternidad se ha transformado en algo amargo.
48. Cuando la tentación de volver atrás es cada vez más grande y siente que ha perdido las huellas del Maestro, Francisco regresa al silencio y, tocado de nuevo por él, escucha, como al inicio de su camino, la Palabra del Evangelio: Jesús le invita a la desnudez, a la confianza, a la valentía del origen. En este momento de su vida, tiene que librar una última batalla, la decisiva: renunciar otra vez, definitivamente, a ser caballero, abandonar cualquier forma de dominio y de poder. El Evangelio le empuja a retomar la senda del único camino: la fraternidad.

IV. II. La herida

49. Francisco no olvida que todo empezó con un beso. Las heridas de los leprosos curaron las heridas de su corazón y fue entre ellos donde dio los primeros pasos en su vocación de hermano. También Jesús, el Maestro, se hizo discípulo de una mujer herida, y aprendió de ella el arte de lavar los pies. Así funciona la gratuidad: dar sin esperar retribución, dar por el gozo de dar, darlo todo, sin reservas. Cuando los conflictos fraternos son más tensos y sus heridas se abren nuevamente, Francisco recupera en su memoria la historia de aquel beso y, una vez más, allí encuentra su sanación.
50. Las llagas en el cuerpo de Francisco son las marcas de Jesús, las señas de su identidad: el amor haciéndole igual al Amado. El sentido es claro: cuando tocas y amas a los hombres, tocas y amas a Jesús. Y él te toca y te ama. Todo vuelve a tener sentido. Todo -incluso la fragilidad de los hermanos- es visto como gracia. En su propio cuerpo, llagado ahora como el cuerpo de Jesús, Francisco toca una certidumbre: no es posible vivir sin hermanos. Sin ellos, no hay Dios.

IV. III. La alegría

51. Todos buscamos ser felices: es una tendencia innata sin la cual no es posible vivir. No faltan, sin embargo, propuestas de alegría de bajo coste, instantánea, ligera. Es una felicidad devaluada, una falsa alegría que desemboca en desencanto, frustración y tristeza.
En el relato de *La verdadera alegría*, Francisco abre su corazón y nos ofrece la sabiduría de su vida: *la verdadera alegría no reside en el éxito*. Hace falta tiempo para comprender la profundidad de este pensamiento, pues parece que la experiencia dice lo contrario: que solo en el aplauso, en el reconocimiento, en la satisfacción es natural sentirnos alegres.
52. ¿Cómo puede actuar un hermano menor cuando no se ve valorado por los hermanos, cuando lo consideran prescindible, cuando no se siente amado por ellos? La respuesta de Francisco surge de su propia experiencia. Aquí está la verdadera alegría: si tu corazón no se turba, si perseveras en tu vocación de seguir siendo hermano de todos, sin apropiarte de nada (incluso de aquello que crees merecer) entonces habrás derrotado para siempre las sombras de la tristeza.
53. El origen y el horizonte de la alegría franciscana están en el encuentro con Jesús. La experiencia de la Pascua --el encuentro con el Resucitado-- abre las puertas de la vida hacia una Vida abierta a todos, nos da fuerzas para no renunciar al sueño de una fraternidad de hermanos que caminan por el mundo ofreciendo un estilo de relación inclusiva, libre y fuente de libertad. De manera especial, la relación con los pobres, nos centra en el Evangelio y nos hace ver que, en verdad, *aquello que somos ante Dios, eso somos y nada más*. Su amor incondicional y fiel es la razón de nuestra alegría verdadera.

IV. IV. El Testamento

54. Cuando se acerca el final de la vida crece la conciencia de que Dios es bondad: *Dios es el Bien, todo el Bien, el Sumo bien, el Bien total*. También las heridas y los límites existenciales forman parte de nuestra condición de criaturas, y no empañan la conciencia de que todo lo vivido ha sido recibido gratis. Sólo desde esta confianza la muerte se convierte en hermana.
55. Poco antes de morir, Francisco pide que le lean el relato evangélico del lavatorio de los pies (Jn 13), y es entonces cuando entrega a los hermanos su última voluntad: amor gratuito, fidelidad a la Pobreza y obediencia a la Iglesia. No se apropia de nada. Lleno de agradecimiento, restituye todo lo recibido. La hermana muerte no le arrebató cosa alguna, pues, cuando sale a su encuentro, halla sólo su cuerpo desnudo sobre la tierra desnuda y, en sus labios, el Cántico. Así muere Francisco: desnudo y cantando.
56. En el Testamento, Francisco nos entrega su memoria y los elementos más importantes de nuestra identidad. Los primeros Capuchinos trataron de comprender a San Francisco desde este texto, por eso fueron llamados *los hermanos*

del Testamento. Para nosotros, la *reforma* constituye un elemento carismático más. Nuestra fidelidad consiste en no cansarnos de creer que el sueño del Evangelio es posible. Y regresar a la Porciúncula, junto a la Madre, Santa María de los Ángeles, corazón de nuestra fraternidad, para no olvidar que el sentido de nuestra vida es cantar y caminar. Comencemos, hermanos.